

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DR. CARLOS FLORES LÓPEZ EN EL ACTO DE RECEPCIÓN CELEBRADO EL DÍA 21 DE JUNIO DEL 2001

Voldria dir les meves primeres paraules en la vostra llengua, i també que aquests mots us porten un missatge cordial de salutació i gratitud per l'alt honor que em concediu de considerar-me com un dels vostres. Penso que únicament si es valora el meu afecte per Catalunya i la meva admiració per la Cultura catalana, podia aquesta decisió trobar alguna justificació.

Hauria desitjat que la meua breu intervenció d'avui s'hagués mantingut fins al final en la vostra bella llengua. Raons més de respecte a ella que de timidesa o risc m'obligaran a continuar en castellà, llengua que sortosament compartim.

Me gustaría comentaros que desde un tiempo, ya tan irremediabilmente remoto como el de la niñez (desde mis cinco o seis años de edad) Barcelona suponía para mí no sólo el nombre de una gran ciudad (una gran ciudad marcada con letras mayúsculas en el mapa del colegio) sino además *y sobre todo* una especie de conjuro mágico, un «sésamo ábrete», que hacía posible la llegada hasta aquella Cuenca de los años de pre-guerra, inagotables y siempre renovados mensajes de imaginación, humor, ilusión y aventura a través de un conjunto de publicaciones (libros y revistas infantiles) editadas en vuestra ciudad, imposibles de sustituir por cualquier otro de los elementos de mi entorno. Los grandes maestros del cómic americano (Alex Raymond, Milton Canifo, Walt Disney —en realidad Floyd Gottfredson—) compartían páginas y ediciones con otros grandes creadores y dibujantes barceloneses como Opisso (que en su juventud había sido delineante en las obras de la Sagrada Familia), Emilio Freixas, Jaime Tomás, Roque Riera Rojas, Arturo Moreno, Cabrero Arnal e incluso, el por entonces jovencísimo, Jesús Blasco (más tarde creador de Cuto); todos ellos traían hasta aquella Cuenca un tanto gris y hermética, de cuya existencia incluso se dudaba (mi primer artículo en la prensa madrileña, 1942, llevaba por título «¡Cuenca Existe!») un completo repertorio de mundos

apasionantes, de episodios colmados de emoción, de aventuras y humor. Las escondidas selvas de Birmania con Jim El Temerario, las tierras misteriosas y lejanas de Mongolia recorridas por Terry, Pat y Connie en busca de la Dama del dragón, los episodios de «La Sombra» y Doc Savage, en lucha contra el hampa de N.Y. o de Chicago, los viajes interplanetarios del Perro Top (héroe canino que en Francia se convertiría en Pif Le Chien, con el exilio parisiense de su autor, J. Cabrero Arnal), aquellos personajes de Julio Verne, protagonistas adelantados de una incipiente ciencia ficción a los que Bocquet, Freixas, Riera o Longoria ponían imagen, todo ello, más un largo etcétera, del que podría seguir hablando con pasión durante horas, tomaba movimiento y vida, se hacía más real que la propia realidad, a través del más ilusionante de los regalos, aquellas hojas impresas cuyo lugar de origen era siempre el mismo: Barcelona. Un lugar, que alcanzaría para mí, desde entonces, un brillo mágico, un atractivo singular cuyo significado y cuyas claves han ido modificándose necesaria y lógicamente con el paso de los años pero cuyo ilusionante destello jamás llegó a obscurecerse.

El transcurrir del tiempo traería consigo –como no podía ser de otra manera– cambios esenciales en mi relación con Barcelona. El niño se convertía en hombre y los héroes de papel en personas de carne y hueso, en seres reales, al margen de idealizaciones ingenuas y admiraciones infantiles. En todo caso, pronto iba a establecerse un nuevo tipo de sólida apreciación y estima también hacia estos nuevos héroes que la vida situaba ante mí, nuevos amigos siempre dispuestos a prestarme su ayuda, a facilitar mi trabajo. El intento de daros a conocer una relación nominal de todos ellos se me apareció como imposible desde un principio. Tarea árdua, seguramente llena de aquellos olvidos que uno siempre lamentaría y ocupando un tiempo del que no dispongo en este acto.

Algo habría que hacer por mi parte, sin embargo, en tal sentido. Como solución salomónica encontré una salida que considero aceptable: simbolizar en un grupo reducido y concreto este reconocimiento y afecto que deberá hacerse extensible a los restantes, a toda esta increíble –en calidad y cantidad– nómina de amigos, barceloneses por nacimiento o elección, de la que me enorgullezco.

Creo que sería imperdonable no agradecer en primer lugar, explícitamente a Jordi Bonet Armengol, Leopoldo Gil Nebot y Antonio Pladevall su culpable protagonismo en este nombramiento mío como miembro de la Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi. En segundo lugar me referiré, de modo también concreto, a otro grupo de amigos –la mayor parte, por desgracia para nosotros, fuera de este mundo–, el grupo de los grandes gaudinistas. De él destacaría, en primer lugar, a dos estimados y tan absolutamente vivos como para acompañarnos en este momento: Jordi Bonet Armengol y Juan Bassegoda Nonell. Ambos piezas esenciales para mi comprensión –que desearía cada vez más completa y profunda– del fenómeno Gaudí. La mención de nuestro Presidente ha de venir inseparablemente unida a la de D.

Lluís Bonet Garí, de quien Jordi recibiría, creo que desde el momento mismo de su concepción, su amor y entusiasmo por todo lo que significan Gaudí y el gaudinismo.

Después estarían Ràfols, Bergós, Puig Boada y Martinell a quienes he llamado «los cuatro evangelistas» gaudinianos. Ràfols, que conocí ya en una situación mental extrema y con cuya viuda mantendríamos mi mujer y yo una estrecha amistad hasta su última etapa de La Garriga. Bergós, siempre entusiasta y siempre luchando, incluso ante notario, porque se reconociera la naturaleza riudomense de Gaudí. Puig Boada, cordial amigo que junto con Bonet Garí acudió a la presentación en Barcelona de mi libro *Gaudí, Jujol y el Modernismo Catalán*, con más de noventa años cumplidos ambos. César Martinell, el más joven de todos ellos y por tanto con quien me fue posible mantener una comunicación más prolongada. Autor de uno de los libros más completos sobre Gaudí y quien, a través de una de sus fichas, me permitió llegar a la conclusión de que la colaboración de Jujol con Gaudí se inició al menos un año antes de lo que todos pensaban. De ese mismo tiempo, mi fraternal amigo el profesor de la Universidad de Columbia George R. Collins, miembro que fué, también, de esta Academia.

Después los más jóvenes amigos dentro del gaudinismo, Toshiaki Tange, japonés catalanizado de la calle Balmes (con estudio y vivienda en edificio modernista) y Daniel Giralt-Miracle, que me dio la oportunidad de realizar, junto con J. M^a Huertas Clavería (hijo, por cierto, de José M. Huertas Ventosa, director de dos de aquellas revistas infantiles, *Pocholo* y *Mickey*, que recordaba al principio) nos dio la oportunidad de llevar a cabo el gran libro sobre *La Pedrera*, y en mi opinión el más bello y sorprendente de cuantos se han realizado hasta ahora sobre el tema en todo el mundo.

Un último esfuerzo; finalizo:

¿Alguna correspondencia por mi parte a tanto como de Barcelona recibí?

Siguiendo una fórmula *Guinness*, el libro de formato más diminuto sobre Gaudí de cuantos conozco y también, seguramente, el de mayores dimensiones, el citado sobre *La Pedrera*.

La única guía sobre el tema de las arquitecturas barcelonesas que llevé a cabo en colaboración con el arquitecto Eduardo Amann y que abarcaba una cronología total hasta ese momento (1964): desde los más antiguos vestigios arqueológicos visitables hasta el Canódromo Meridiana de Antonio Bonet Castellana, un barcelonés recuperado tras su larga etapa bonaerense.

En 1961, mi libro sobre *Arquitectura Española Contemporánea* daría la importancia debida a la arquitectura barcelonesa: Gaudí, Domènech, Puig y Cadafalch, Jujol, etc., aparecían en sus páginas junto a las obras del GATEPAC (por primera vez citadas éstas últimas desde el final de la Guerra Civil, según me hiciera saber José Luis Sert en carta que conservo), más aquellas de promociones posteriores: Coderch y Valls, Bohigas y Martorell, Correa y Milá, Tous y Fargas...

En el agotador estudio sobre la Arquitectura Popular Española que llevé a cabo entre 1967-77 uno de los temas estrella era, sin duda, el de la masía catalana y su significación dentro de una sociedad rural que distinguía entre el hereu y la pubilla y el resto de los descendientes como fundamento de una peculiar organización social y económica. Si bien no fuera el único texto consultado, el estudio de Joaquim Camps i Arboix supondría para mí una inestimable ayuda.

Gaudí, Jujol y el Modernismo Catalán, editado por Aguilar en 1982, significaría mi reconocimiento total de la indiscutible genialidad de un Gaudí por todos admitida pero, también, el deseo de lograr para Jujol un reconocimiento semejante, de estricta justicia. Y en eso estamos.

Mi relación con Barcelona y con la arquitectura barcelonesa no se reduce, en todo caso, a hechos pertenecientes a un pasado por muy inmediato que éste pueda ser. Una pléyade de nuevos nombres, aparecidos en las últimas décadas, despiertan, sin duda, mi interés presente y contribuyen a señalarme numerosas posibilidades para futuros trabajos. Tal vez, a través del estudio de sus obras, pudiera equilibrar una balanza que en la relación entre lo que he dado y he recibido de Barcelona y los barceloneses, mantiene aún, por el momento, para mí, claros saldos deudores difíciles de enjugar.